Evolución y Revolución

Conferencia dada en el Círculo Federal de Vigo

POR

RICARDO MELLA.

AMIGOS Y COMPAÑEROS:

El tema de que voy á ocuparme es de innegable importancia no solo bajo el punto de vista exclusivo de un partido ó escuela, sino también en un sentido general para todos los que profesan ideas más ó menos avanzadas.

Divídense generalmente los partidarios de ideas progresivas en evolucionistas y revolucionarios, y entiendo yo que tal división es absurda de todo en todo porque ni se conforma con los hechos ni se justifica y explica por la lógica. Trataré, por tanto, de probar la completa identidad que entre los términos evolución y revolución existe.

Es para mi el principio de la evolución completamente cierto; es para mi la revolución un modo, un aspecto de la misma evolución, y evolución y revolución se complementan y son inseparables por consecuencias.

¿Qué es y qué significa la evolución? ¿Qué es y qué significa la revolución?

Evolución es el desenvolvimiento general de una idea, de un sistema, de una série de sucesos, de un órden de cosas cualesquiera hasta su complemento ó integración; es

un movimiento constante en virtud del cual todo se modifica y cambia hasta alcanzar su total desarrollo. Revolución es y significa en el sentido más lato de la palabra una transformación ó una série de transformaciones, un cambio ó una série de cambios en las ideas morales, en los sistemas políticos, en las creencias religiosas, en la organización de las sociedades, ya afecte á sus costumbres, ya á sus formas gubernamentales, jurídicas y económicas.

Y si la revolución es un cambio ó modificación, ¿no es evidentemente un momento necesario del desenvolvimiento evolutivo, no es sin duda un instante preciso de la evolución que se verifica?

Examinémos sino la evolución en la Historia.

Tres modos principales del desenvolvimiento humano comprenden toda la evolución histórica: el religioso, el político y el sociológico.

Las primitivas ideas religiosas, la concepción que de la divinidad se formaron los primeros hombres, fueron grotescas creaciones de la ignorancia ya inspiradas por el miedo á fenómenos naturales entonces inexplicados, ya por la necesidad de un ente superior que encarnara las ideas de justicia y de fuerza, entonces sinónimas. Pero á medida que se fueron esplicando aquellos fenómenos y á medida también que el elemento humano fué venciendo á la animalidad primitiva, las ideas religiosas se transformaron adquiriendo aspectos más naturales y más estéticos. La evolución religiosa, pasando por el politeismo, el panteismo y el monoteismo, produjo al fin la encarnación de la idea divina en un ser con todos los atributos del hombre, y el dios de las venganzas, el terrible Jehová, resultado del espíritu guerrero de sus tiempos, presidió los humanos destinos hasta que el Cristo determinó con sus doctrinas una mayor aproximación al hombre mismo. Pero también esta última idea levantó protestas y rebeliones. La evolución religiosa debía llegar hasta la emancipación difinitiva de la razón, y bien pronto se inició un movimiento general que llevó por bandera el principio del libre exámen. Desde entonces la filosofía abrió novísimos horizontes al pensamiento; y, como último término del

desarrollo evolutivo, proclamó la Moral sin sanción y la Justicia humana sin las sombras en que se la envolvía como atributo de la divinidad. Así, los que ya no creen en una existencia ultramundana y los que en ella aparentan creer por conveniencia ó por hipocresía ó por miedo, rinden de hecho, allá en el fondo de sus conciencias, culto debido á la nueva idea, y practican, por su propia inspiración, el bien y viven por los movimientos espontáneos de su naturaleza psíquica en las relaciones de la moral universal subordinando todos sus actos á este sentimiento innato en el hombre que le arrastra irresistiblemente á defender al débil contra el fuerte aun á riesgo de su propia vida. La idea de Justicia se nos presenta hoy pues, emancipada de la teología y nos arrastra con potente imperio hasta el punto de que lo que hicimos un día por pueril temor á lo desconocido, lo realizamos hoy por identificación con el bién, por el imperativo mandato de la conciencia, por los impulsos de los más bellos y de los más bondadosos sentimientos, obteniendo aqui en la tierra la glorificación que durante mucho tiempo hemos buscado en los supuestos cielos de ignotos espacios.

¿Pero es que esta evolución de los siglos se ha realizado sin esos grandes sacudimientos que se llaman revoluciones?

Nadie de entre vosotros lo ignora: luchas terribles, cruentos sacrificios han sido necesarios para conseguir la emancipación religiosa. Revolución promovió el Cristo, revolución promovió Lutero, revolución promovió la filosofía: la evolución religiosa no llegó á integrarse en la fórmula final sino á cambio de tremendos sacudimientos revolucionarios, sin los cuales no habríamos salido todavía de la primitiva esclavitud.

Si de igual modo examinamos la cuestión en su aspecto político, llegaremos á conclusiones semejantes. En un principio rigen los destinos de los pueblos, ya constituídos en grandes agrupaciones, reyes absolutos de derecho divino y nada significan ni nada valen los derechos de todos los hombres. Uno solo tiene el privilegio de gobernarnos, de disponer de nuestras vidas y haciendas á su leal saber y

entender. La tiranía despótica de los reyes halla más tarde un límite en el constitucionalismo. Es entonces necesario que los reyes se asesoren de las necesidades populares por medio de representantes y así se origina el parlamentarismo. Mas no basta esto. Dase también en tierra con los poderes hereditarios y á la soberanía indiscutible de los reyes se opone la soberanía de los pueblos. La forma republicana y democrática encarna en un nuevo aspecto de la evolución y llega á constituir un ideal novísimo del Progreso humano. Y como este no se detiene jamás, como no se detendrá nunca el movimiento constante que da vida al universo, los pueblos han llegado finalmente á una concepción amplísima del principio de gobierno. Significando de hecho el absolutismo, el constitucionalismo y la república, á un mismo tiempo, la subordinación de unos á otros, de todos á uno ó de uno á todos, proclámose á la par que la soberanía colectiva la soberanía individual armonizándose ambas soberanías, siempre coexistentes, por medio del contrato ó pacto, base primera del principio federativo. El gobierno de cada uno por si mismo es la última fórmula de la evolución política. Eliminando y limitando el principio de autoridad por sucesivas transformaciones, llégase á la generalización de la libertad, y hoy no aspiran los hombres á nada que no vaya derechamente á la consagración de todas las autonomías, que no comprenda en un todo la libertad completa de pensamiento, de conciencia y de acción.

Así como la evolución religiosa termina en la negación de la divinidad, la evolución política termina en la negación del poder y del gobierno, del Estado, en fin. La libertad plena y solo la libertad ha de ser el instrumento indispensable para la realización de todos los fines humanos. Mediante el pacto libre, completamente libre, han de organizarse no solo los pueblos y las naciones sinó también la producción, el cambio y el consumo, la vida, en fin, en sus multiples variantes, para que llegue un dia en que la humanidad formando una harmónica federación universal realice por la libertad el ideal supremo de vivir sin gobierno, la Anarquía.

La generalización de estas ideas modernisímas se ha obtenido por la filosofía y por la política sinmultáneamente. Mientras los revolucionarios franceses se declaraban anarquistas por boca de Proudhon, negaba la república Pí y Margall y afirma el positivismo inglés que la humanidad tiende irresistiblemente á la supresión del gobierno, y estas enseñanzas, popularizándose de día en día, determinarán muy pronto el momento revolucionario de la total emanipación de los hombres.

Pero cabe ahora como antes preguntar ¿acaso esta laboriosa evolución ha llegado á sus últimos límites sin esos grandes sacudimientos que se denominan revoluciones?

Nadie tampoco lo ignora. Han sido necesarias explosiones tan formidables como la de fines del siglo XVIII en Francia, han sido necesarias tremendas revoluciones en Europa y América, febriles movimientos de los pueblos en todas las naciones y en todos los tiempos. La conquista de la libertad ha costado y ha de costar aún raudales de sangre, millares de víctimas, montones de ruinas, porque la evolución sin estos necesarios sacrificios, no llegaría jamás á realizarse en toda su plenitud y estensión.

¿Y qué he de deciros de la evolución sociológica? Qué he de deciros del movimiento económico contenido en ella? La organización de las sociedades primitivas fundose en la subordinación del indivíduo al grupo, y á medida que las necesidades sociales é indivipuales fueron haciéndose más complejas, creció también su espiritu guerrero y su tendencia al despotismo. ¡Cuantos esfuerzos no hubieron de hacerse para llegar al estado actual en que todavía el militarismo nos agobia y nos empobrece! La evolución vá no obstante, siguiendo la línea de menor resistencia, á la sustitución del militarismo y de la cooperación forzosa por el industrialismo y la cooperación voluntaria, como ha hecho ver claramente Spencer. Yá en nuestros dias se realizan muchos actos de la vida dentro del nuevo círculo de acción. El gubernamentalismo es ageno á gran parte de los negocios de los ciudadanos y cuando interviene se vé forzado á transigir. La evolución supone aquí como

en todo la negación del punto de partida.

Y si á la esclavitud ha sucedido la servidumbre y á esta el proletariado ¿no es de esperar así mismo que el actual estado de cosas, sustancialmente idéntico á aquellos otros, desaparezca también dejando paso á la sociedad de los iguales así bien como en el órden político lo dejará á la de los hombres libres? ¡Si así no fuera habría que declarar falsas todas nuestras ideas, erróneos nuestros principios, inciertos los hechos de experiencia, absurdas nuestras más legítimas aspiraciones! No, no puede negarse el principio de la evolución, no puede limitarse la ley del progreso, y es necesariamente el fin de la evolución social y económica la total igualdad de condiciones para la vida, es necesariamente la tendencia actual suprimir privilegios y monopólios á fin de llegar á la universalización del goce de los medios de producir. Lo dice bien claro el carácter de las luchas de nuestros días, lo dice bien claro ese tremendo problema social que ya nadie niega y que reviste hoy más formidables carácteres que nunca, lo dice bien claro la actitud de las clases jornaleras que reclaman á cada paso y cada vez con más fuerza la satisfacción de sus perentórias necesidades.

La evolución social no comprende solamente las formas políticas y religiosas, sino que abarca también las formás económicas, y por tanto la llamada institución de la propiedad, causa y orígen real de todas nuestras luchas. ¿Quién desconoce hoy que la apropiación del suelo se debe á la guerra y á la conquista? ¿Quién desconoce hoy que la obra inmensa de todas las generaciones se halla monopolizada por una minoría privilegiada? ¿Quién desconoce hoy que en suma la propiedad es la expoliación que ejercen unos cuantos sobre todos los demás miembros sociales? Pues si la teoría de la evolución, en cuyo nombre quieren justificarse toda clase de aberraciones y de injusticias, ha de probarse en los hechos y cumplirse, será á condición de que el suelo sea libre para el agricultor y la herramienta y la máquina y el taller por el obrero industrial; será á condición de que la propiedad, generalizándose, llegue á ser del dominio de todos sin exclusión alguna.

Y qué, repito, ¿acaso la evolución social que nos hace concebir la posibilidad de un mundo mejor donde la ignorancia y la miseria, los dos terribles azotes de la humanidad, hayan desaparecido, acaso se ha desenvuelto sin esas revoluciones tan temidas por los defensores de los intereses creados? La historia nos demuestra que merced á esas revoluciones precisamente, revoluciones que registraron ya la antigua Grecia y el antiguo Imperio Romano; la historia nos demuestra, digo, que merced á esas revoluciones, la evolución ha podido ir venciendo las resistencias que se le oponían en todos sentidos. La historia moderna nos lo demuestra aún mejor. ¿Que han sido las últimas revoluciones, políticas en cierto modo, más que revoluciones sociales de hecho? ¿Qué ha sido el imponente levantamiento de los trabajadores de París al proclamar la *commune*, más que un movimiento económico y social?

Ya veis como la evolución religiosa, política y económica ha comprendido revoluciones tremendas como simples modos de la evolucion general y como es por consiguiente absurda la división en evolucionistas y revolucionistas.

Si pedimos á la ciencia—y perdonad que de ciencia hable quien apenas la ha saludado—si pedimos á la ciencia sus irrebatibles datos, veremos igualmente como viene á confirmar la tésis aquí sostenida.

El sonido, la luz, el calor y la electricidad, simples modos del movimiento universal que agita á la materia cósmica, ofrecen en sus desenvolvimientos particulares fenómenos extraordinarios que son verdaderas revoluciones de la materia, y esos fenómenos son parte integrante del funcionalismo propio de cada una de esas formas del movimiento.

Si nos imaginamos una fuerza actuando en un determinado sentido ó dirección y una série de obstáculos á su paso, ¿no es verdad que esa fuerza vencerá, so pena de anulación, cuanto á su paso se oponga? ¿no es verdad que cada una de esas acciones necesarias para suprimir cada obstáculo tendrán el carácter de verdaderas revoluciones? ¿Y serán las acciones y reacciones bruscas de

aquella fuerza algo distinto de su acción lenta y contínua de cada día? ¿No serán, por el contrario, momentos necesarios del movimiento permanente de la fuerza dicha, obrando y reobrando á cada paso? ¿No serán evolución y revolución una misma cosa?

Las revoluciones son, por otra parte, tan necesarias en la Naturaleza como en la sociedad. En medio de la llanura surge inopinadamente una montaña; en medio del mar lo mismo que en lo más alto de una sierra se produce la erupción volcánica que destruye á su paso cuanto encuentra; en nuestra propia atmósfera estalla la terrible tormenta que asuela, mata y aniquila; y esos grandes fenómenos naturales no son más quc revoluciones necesarias de la materia, no son más que absolutismos inevitables de las fuerzas latentes que en su proceso de desenvolvimiento vencen las resistencias que se le oponen y obran con formidable empuje y todo lo dominan. Y estas revoluciones naturales ¿quien negará que son manifestaciones propias de la evolución de la materia y de la fuerza?

Pues lo que ocurre en la Naturaleza sucede de un modo semejante en las sociedades humanas. Las ideas trabajan un día y otro la razón colectiva, van hacièndose lugar en nuestras conciencias, van minando poco á poco toda la existencia social hasta convertirse en una necesidad y determinar el momento preciso en que, sin detenerse en reparo ni consideración alguna, se lanzan los elementos populares á esas formidables explosiones de los sentimientos contenidos, á esas grandiosas revoluciones que han conquistado todos nuestros progresos y han de conquistar todavía otros mayores. Y no cabe suponer que siendo las revoluciones producto de la evolución basta cruzarse de brazos y esperar el momento en que fatalmente deben estallar aquellas. Tanto valdría echar por tierra con un simple sofisma cuanto de racional contiene la teoría evolucionista. La evolución social tiene por órgano á los hombres; ellos constituyen el medio en que aquella se desenvuelve y así como los fenómenos naturales dependen de las fuerzas en que tienen su origen, así las revoluciones humanas dependen de los seres vivientes por cuya media-

ción se realizan. Si se centuplica una fuerza cualquiera, claro es que al obrar aquella centuplicará ó su poder ó su rapidez. Pues si los hombres que trabajan por el progreso centuplican sus nobles esfuerzos y su actividad, es así mismo evidente que el resultado será ó cien veces mayor ó cien veces más próximo. Es, pues, la revolución un momento fatal de la evolución, un momento que se produce á pesar de todos los antagonismos y oposiciones, pero tanto más próximo cuanto más pronto se destruyen aquellos antagonismos y oposiciones.

Y ahora permitidme que ante la semejanza y la correlación de los hechos y de las ideas, os recuerde al gran falsificador de la teoría evolucionista, al tribuno que un día cantó con inimitable armonía las libertades públicas y hoy es admirado por todos los papanatas enamorados de su palabra y por todos los que tienen ó creen tener algo que conservar. Y permitidme también que os recuerde á la vez á esos otros grandes falsificadores de las revoluciones, á esos que en el secreto del gabinete preparan sediciones con el único objeto del poder por el poder, á esos que mueven batallones y generales á su antojo cuidándose bien de maniatar al pueblo y refrenarlo. Las sirenas del órden y de la libertad, lo falsifican todo con tal de acallar el clamor popular y servir fielmente á los poderosos. Los conspiradores de oficio todo lo corrompen pretendiendo erigirse en libertadores de la humanidad, como si obra tan inmensa hubiera de ser esclusiva de unos cuantos y no del concurso total de las fuerzas populares. Los unos trabajan por conservar sus posiciones individuales. Los otros por conquistarlas para sí. Ni unos ni otros quieren ni buscan la verdad.

No, no es la evolución ese lento y rítmico movimiento que nos enseñan los primeros. No, no es la revolución lo que pretenden pequeños Mazzinis de guardarropía. La evolución es lenta ó es rápida según las circunstancias, los lugares y los tiempos; la evolución vence todas las resistencias y por que las vence produce las revoluciones, esas revoluciones de las ideas que entrañan algo esencial, y no esas otras pretendidas revoluciones que solo condu-

cen á una mayor agravación del cesarismo omnipotente de los gobiernos. La evolución y la revolución son, en fin, una misma cosa y quien de evolucionista se precie, ha de ser necesariamente revolucionario.

Soy, pues, revolucionario porque soy evolucionista; quiero la evolución con todas sus consecuencias; quiero la revolución, la revolución que modifique snstancialmente las condiciones en que al presente vivimos, la revolución que nos dé la libertad, toda la libertad, y la igualdad completa de condicíones económicas; quiero la revolución que dando de mano á todas las formas del poder y de la desigualdad social, permita organizar á los pueblos sobre la base de la solidaridad humana; quiero, en resúmen, la revolución que nos emancipe política, social y económicamente, y entiendo, queridos amigos, que esta grandiosa revolución, que es la revolución de un porvenir próximo, debemos quererla todos.

He dicho.

El Gobierno Revolucionario

POR

PEDRO KROPOTKINE

Que los gobiernos existentes serán abolidos á fin de que la libertad, la igualdad y la fraternidad no sean por más tiempo vanas palabras, sino realidades vivientes; que todas las formas de gobierno ensayadas hasta el día han sido formas de opresión y deben ser reemplazadas por nuevos métodos de organización, son cosas perfectamente demostradas para los que piensan desapasionadamente y son por temperamento revolucionarios. Para decir la verdad no se necesita ser gran innovador, como tampoco para llegar á aquella conclusión; los vicios de los gobiernos existentes

y la imposibilidad de reformarlos, son demasiado patentes para que puedan pasar desapercidos á un observador imparcial. La idea de acabar con los gobiernos surge, hablando en general, en ciertos periódicos sin grandes dificultades. Hay momentos en que los gobiernos empiezan á deshacer sus propias obras, como castillos de naipes, ante el empuje revolucionario de un pueblo. Tal se vió claramente en 1848 y 1870 en Francia.

El objeto final de una revolución de la clase media es derribar un gobierno. Para nosotros, destruir un gobierno es solo el comienzo de la revolución social. Una vez sin timón el mecanismo del Estado, en desorganización la gerarquía burocrática que lo sostiene y derrotado el ejército de los defensores del capital, entonces es cuando nosotros tenemos que realizar la gran obra de destruir las instituciones que perpetuan la esclavitud política y económica. Así se adquiere la posibilidad de obrar, de actuar libremente. ¿Qué deben hacer los revolucionarios?

A esta cuestión sólo nosotros respondemos: "No más gobiernos: lo que debemos realizar es el principio anarquista." Todos los demás dicen: "constituyamos un gobierno revolucionario." Los que tal dicen sólo difieren en la forma que debe darse el gobierno apellidado revolucionario. Algunos desean que sea elegido por sufragio universal en el Estado ó en el municipio; otros quieren la dictadura revolucionaria.

¡Un gobierno revolucionario! He ahí dos palabras que suenan rudamente á todos los que saben qué es la revolución social y qué significa el principio de gobierno, dos cosas que se contradicen, que se destruyen. Hemos visto bastantes gobiernos despóticos, porque el despotismo es la esencia de todos los gobiernos, porque se colocan siempre al lado de la reacción y en frente de la revolución; pero jamás hemos visto un gobierno revolucionario, por una razón muy sencilla. Porque la revolución, sinónimo de desorden, de destrucción, de aniquilamiento de las más venerandas instituciones, en unos cuantos días de violenta demolición de la propiedad establecida, de la supresión de castas, de rápida transformación de las ideas corrientes de moralidad, ó mejor de la hipocresía que la reemplaza, de libertad in-

dividual y acción espontánea, es la negación terminante, la oposición precisamente del gobierno, que á su vez significa el orden establecido, la conservación de las instituciones existentes, la negación de la iniciativa y de la acción individuales.

Y sin embargo, oímos constantemente hablar de ese mirlo blanco, como si un gobierno revolucionario fuera la cosa más natural del mundo, tan común y tan conocida como la monarquía, el imperio ó el papado.

Que los revolucionarios, al uso de la clase media prediquen tal idea, es cosa fácil de comprender, pues ya sabemos lo que entienden ellos por revolución. Todo se reduce á un remedo de república burguesa y á la toma de posesión de los empleos lucrativos, reservados antes á los monárquicos. Cuando más, implica la separación de la Iglesia y del Estado y por compensación el concubinato de ambas, la confiscación de los bienes eclesiásticos en beneficio del Estado, y sobre todo, en beneficio de los futuros administradores de la riqueza pública. Pero que los socialistas revolucionarios se conviertan en apóstoles de aquella idea, sólo puede explicarse de dos modos: ó los que la aceptan están imbuídos por los prejuicios de la clase media, que toman inconscientemente de la literatura y sobre todo de la historia escrita por aquella clase con el espíritu de servidumbre legado por muchos siglos de esclavitud, y por tanto no se pueden imaginar la posibiiidad de ser verdaderamente libres; ó no desean semejante revolución, aunque tengan esta palabra constantemente en los labios, y quieren ó se contentan, en resumen, con un simple plagio de las actuales instituciones á condición de disfrutar del poder y hallarse más tarde preparados para acallar al pueblo tan pronto como sea necesario. Estos últimos combaten hoy á los gobiernos porque no pueden ocupar su lugar. No discutiremos con tales gentes; nosotros sólo podemos hacerlo con los que honradamente mantengan una opinión.

Comenzaremos por la primera de las dos formas de gobierno revolucionario, esto es, por el gobierno de elección popular.

Supongamos destruida la autoridad monárquica ó re-

publicana, y vencido el ejército de los defensores del capital: la agitación se extiende por doquier y todo el mundo se ocupa de los negocios públicos, nadie quiere quedar rezagado; hay un vivo deseo por marchar adelante. Surgen nuevas ideas y se comprende la necesidad de operar cambios profundos, sérios, decisivos. Es preciso obrar, comenzar sin demora el trabajo de demolición á fin de dejar el camino expedito á la nueva vida. Pero ¿qué se trata de hacer? Convocar el pueblo á elecciones, elegir un gobierno inmediatamente después, y confiarle el trabajo que todos y cada uno de nosotros debiera realizar por su propia iniciativa.

Esto es lo que hizo París después del 18 de Marzo del 71. "Yo siempre recordaré, dice un amigo nuestro, aquellos instantes bellísimos de emancipación. Salí de mi casa para acudir á las reuniones al aire libre que ocupaban á París de uno al otro extremo. Cada uno discutía los negoc ios públicos, toda prevención personal había sido olvidada, nadie se ocupava de comprar y vender, todos se hallaban dispuestos para marchar en cuerpo y alma hacia el porvenir. Algunos capitalistas, llevados del general entusiasmo, saludaron con placer el comienzo de una nueva existencia." "Si tenemos que hacer la revolución social, decían, hagámosla cuanto antes; pongamos todo en común, nosotros estamos dispuestos." Allí estaban los elementos de la revolución; todo lo que habia que hacer surgió de la acción popular. Cuando á la noche volví á mi casa me dije: "¡Después de todo la humanidad es grande! ¡Nosotros no la comprendimos; ha sido siempre calumniada!" Entonces llegaron las elecciones, se nombraron los miembros de la Commune y el poder del entusiasmo, el celo por la acción se fueron extinguiendo poco á poco. Cada cual volvió á sus diarias faenas, diciendo: "Ahora ya tenemos un gobierno honrado; dejémosle obrar." Ya sabemos lo que ocurrió después.

En lugar de obrar por sí, en vez de marchar siempre avante, en vez de entrar por completo en un nuevo orden de cosas, el pueblo, confiado en su gobierno, lo abandonó todo á su iniciativa. Esa fué la primera consecuencia, el resultado de las elecciones. ¿Qué haría un gobierno investido con la confianza de todos?

fin de anular á aquellos mismos en quienes el pueblo cifraba todas sus esperanzas.

En este punto los elementos revolucionarios se dividen. Después de haber perdido un tiempo precioso en venir á un acuerdo con los adversarios, llega el momento en que se pierde la energía por disensiones internas entre los amigos del nuevo gobierno y los que sienten necesidad de eliminarlo para continuar la obra revolucionaria.

¡Y todo esto sin haber comprendido que una nueva vida requiere nuevos métodos, que no es pegándose á las antiguas fórmulas como se hace una revolución!

¡Todo por no comprender la incompatibilidad del gobierno con la revolución, pues en cualquier forma que se presente el uno es siempre la negación terminante de la otra, y que fuera del principio anarquista no hay revolución posible!

Es precisamente lo mismo que ocurre con otra forma de gobierno revolucionario por la cual se declama mucho, la dictadura revolucionaria.

Los peligros á que una revolución está expuesta, si ha de ir seguida de la dirección de un gobierno de elección popular, son tan evidentes que una escuela entera de revolucionarios ha renunciado á aquella idea. Entienden dichos revolucionarios, que es imposible que un pueblo insurreccionado se dé por medio del sufragio un gobierno que no represente el pasado y que no ate de piés y manos al pueblo precisamente en los momentos en que es más necesario llevar á cabo el inmenso trabajo de regeneración económica, política y moral que nosotros designamos con el nombre de Revolución Social. Rechazan, pues, la idea de un gobierno *legal*, por lo menos durante el tiempo que dure la lucha contra la legalidad, é invocan la Dictadura revolucionaria.

"El partido, dicen, que logra derribar un gobierno debe ocupar su puesto por la fuerza. Debe, por tanto, apoderarse del Estado y proceder revolucionariamente; tomar las medidas necesarias para asegurar el triunfo del levantamiento y demoler las antiguas instituciones á la par que organice la defensa del país. Y para los que no reconozcan su

poder, su autoridad, no debe haber más que la guillotina; para los que, capitalistas ó trabajadores, rehusen obedecer las órdenes que dicte á fin de regular el progreso de la revolución, también la guillotina y siempre la guillotina."

Tal es la lógica de los Robespierres en embrión, de los que solo se acuerdan de las últimas escenas del gran drama del siglo pasado.

Para nosotros, que somos anarquistas, la dictadura de un individuo ó de un partido—en el fondo son una misma cosa—ha sido definitivamente sojuzgada. Sabemos que una Revolución Social no puede ser dirigida ni por un solo hombre ni por una sola organización; sabemos que revolución y gobierno son incompatibles, que la una precisa aniquilar al otro, no importa el nombre que al gobierno se dé, dictadura, parlamentarismo ó monarquía; sabemos finalmente que la fuerza y el valor de nuestro partido consiste en esta fórmula fundamental: "Nada bueno y duradero puede hacerse como no sea por la libre iniciativa del pueblo y toda autoridad tiende á matarla." Esta es la razón por que los mejores entre nosotros llegarían á ser considerados como tunantes en menos de una semana, si sus ideas no pasaran por el crisol del pueblo á fin de ponerlas en ejecución y se convirtieran en directores de esa formidable máquina que se llama gobierno, imposibilitándose de obrar conforme á su voluntad.

La dictadura, aun la mejor intencionada, conduce á la muerte de la revolución. Y todavía más, la idea de la dictadura es siempre un producto insano del fetichismo gubernamental que juntamente con el fetichismo religioso ha perpetuado la esclavitud. He ahí lo que no olvidamos los anarquistas.

Pero no vamos á hablar hoy de éstos. Hablemos de los que, entre los revolucionarios gubernamentales, influídos por los prejuicios de su educación, piensan honradamente y no desean más que se discuta su actitud y hablemos de ellos desde sus propios puntos de vista.

Ante todo permítasenos hacer una observación general. Los que proclaman la necesidad de la dictadura no comprenden generalmente que al mantener aquel prejuicio no

hacen más que preparar el terreno para los que más tarde han de llevarlos á la horca ó la guillotina. Esta es una de las afirmaciones de Robespierre que sus admiradores harían bien en no olvidar. No negaba aquél la dictadura en principio, pero "¡no olvidéis mis palabras, decía en una ocasión, Brissot será dictador!" Sí, Brissot, el maleante girondino, el enemigo mortal de la tendencia igualitaria popular, el miserable defensor de la propiedad después de haber dicho que era un robo, Brissot hubiera escrito con gran placer en el registro de presos de *L' Abbayre Prison*, los nombres de Marat, de Hebert y de todos los jacobinos moderados.

¡Pero esa cita, diréis, data de 1792! ¡En aquella época Francia llevaba ya tres años de revolución permanente! En efecto, la realeza había sido extirpada; sólo faltaba darla el último golpe, y ciertamente fué abolido el *régimen* feudal. Sin embargo, aun en este período, cuando la ola revolucionaria se extendía libremente, fué cuando tuvo muchas probabilidades de ser proclamado dictador el reaccionario Brissot. ¿Y en 1789? ¡Mirabeau, el gran orador, que había sido reconocido jefe supremo, el hombre que pactó con el rey vendiéndole su elocuencia! Esos, esos son los hombres que hubieran sido llevados al poder en aquel período, si el pueblo insurreccionado no hubiera permanecido fiel á su intento de hacer ilusorio todo poder constituído tanto en París como en los departamentos.

Pero el prejuicio gubernamental ciega de tal modo á los que defienden la dictadura, que prefieren preparar la de un Brissot ó un Napoleón, antes que renunciar á la idea de dar un nuevo amo al pueblo en el momento que hace añicos sus cadenas.

Las sociedades secretas del período de la Restauración y de Luis Felipe, han contribuído poderosamente á mantener el prejuicio de la dictadura. Los republicanos de la clase media, ayudados por el pueblo, hicieron entonces una multitud de conspiraciones para derribar la monarquía é implantar la república. No tenían en cuenta la inmensa transformación que se había operado en Francia y se imaginaban que por medio de una vasta conspiración podrían

en unos cuantos días arrojar al rey, tomar posesión del poder y proclamar la república. Cerca de treinta años se llevaron trabajando aquellas sociedades secretas, con perseverancia y valor heróico. Si la república resultó perfectamente natural de la revolución de Febrero de 1848, fué debido á aquellas sociedades, á su propaganda continua. Sin sus nobles esfuerzos aun ahora sería imposible la república.

Sus fines eran entonces tomar posesión del gobierno é instalar á los representantes de sus ideas en el poder, constituyendo una dictadura republicana. Pero, como debía haberse esperado, nada de esto sucedió. Como siempre, la conspiración no desterró á la realeza; es el resu'tado inevitable de las condiciones en que las cosas existen. Los conspiradores prepararon la caída. Habían difundido sabiamente las ideas republicanas. Sus mártires mostraron al pueblo su ideal. Pero el último esfuerzo, el que acabó definitivamente con la monarquía burguesa, fué mucho más poderoso, mucho más grande que el que pudiera producir una sociedad secreta; ese esfuerzo colosal surgió de la masa total del pueblo.

Todos conocemos las consecuencias. El partido que había preparado la caída de la monarquía se vió arrojado del Hôtel de Ville. Otros, que fueron demasiado prudentes para correr los riesgos de una conspiración; pero más conocidos y también más moderados, esperando el momento de posesionarse del poder, ocuparon el lugar que los conspiradores habían pensado conquistar al estruendo formidable de sus cañones. Algunos periodistas y abogados, oradores elocuentes, que habían estado trabajando por crearse un nombre mientras los verdaderos republicanos preparaban las armas para el combate ó yacían en las cárceles, tomaron por asalto el poder. Algunos, también muy conocidos, fueron aclamados por la multitud; otros, finalmente, se empujaron á sí mismos, avanzaron algo y fueron aceptados sólo por que sus nombres representaban un programa de acomodamientos con todo el mundo.

Que no se nos diga que esto fué debido á la necesidad del pensamiento práctico de una rama del partido de acción y que otros obraron mejor. No, mil veces no. Es una

ley como la que rige los movimientos de los astros, que el partido de la acción permanezca alejado, mientras los intrigantes y los charlatanes ocupan el gobierno. Estos son más conocidos de la masa que da el último empujo. Alcanzan mayor número de votos con ó sin papeletas electorales, por aclamación ó mediante la urna electoral, que al fin es siempre un modo de elección tácita la aclamación popular en un momento determinado. Son también escogidos por todo el mundo, especialmente por los enemigos de la revolución, que prefieren elevar á los que no han de hacer nada, y así son aclamados como jefes los enemigos del movimiento ó los que son indiferentes á su triunfo.

El hombre que más que ningún otro encarnó este sistema de conspiración, el hombre que pagó con la prisión uno y otro día su entusiasmo por aquella idea, Blanqui, arrojó á los cuatro vientos antes de su muerte estas palabras, que en sí mismas son todo un programa: "Ni Dios ni amo."

Suponer que un gobierno cualquiera puede ser derribado por una sociedad secreta y que ésta puede sustituir á aquel, es un error en el que han incurrido todas las organizaciones revolucionarias que han tenido su origen en la clase media republicana de Francia desde 1820. Pero hay otros ejemplos que demuestran plenamente nuestra tesis. ¡Cuánto entusiasmo, cuánta abnegación, cuánta perseverancia hemos visto desplegar á las sociedades secretas republicanas de la joven Italia! Y no obstante todo aquel inmenso trabajo, todos los sacrificios hechos por la juventud italiana, ante los cuales palidece la obra de la juventud rusa, el mismo montón de cadáveres hacinados en las fortalezas de Austria después de haber caido bajo la cuchilla ó la horca del verdugo, la obra de las sociedades secretas, tuvo por sucesores y herederos á la miserable clase media y á la realeza.

Otro tanto ha ocurrido en Rusia. Es difícil hallar en la historia una organización secreta que con medios tan limitados haya obtenido resultados mejores que los que obtuvo la juventud rusa, juventud que ha dado pruebas de una energía y de un valor tan poderosos como los del Co-

mité Ejecutivo. Ella hizo temblar el poder de los czares—ese coloso invulnerable—é hizo imposible en Rusia el gobierno autocrático. Sin embargo serán muy estúpidos los que crean que el Comité Ejecutivo será el amo del poder el día que la corona de Alejandro III sea arrojada al arroyo. Otros hombres, los que se reputan prudentes, los que se preocupan de labrarse una reputación, mientras los revolucionarios cavan sus propias sepulturas y perecen en Siberia; otros, los intrigantes, los charlatanes, los letrados, los periodistas, aquellos que de vez en cuando vierten una lágrima fugaz en las tumbas de los héroes y se confunden con los amigos del pueblo, esos son los que ocuparán el poder dejando tras de sí á los desconocidos que preparen la revolución.

Esto es inevitable, es fatal y no puede ser de otro modo. No son las sociedades secretas ni las organizaciones revolucionarias las que dan el último golpe á los gobiernos. La función ó misión histórica de aquellas es preparar el espíritu popular para la revolución y cuando las inteligencias están dispuestas y las demás condiciones son favorables, sobreviene el último esfuerzo, no precisamente del grupo iniciador sino de la masa general agena á la sociedad ú organización revolucionaria.

El 31 de Agosto de 1870, Paris fué indiferente al llamamiento de Blanqui. Cuatro días después se proclamaba la caída del gobierno. Pero entonces ya no fueron los blanquistas los primeros en promover el levantamiento; fué el pueblo, la multitud, la que destronó al hombre de Diciembre y proclamó á aquellos cuyos nombres estuvieron sonando en sus oídos dos años antes.

Cuando la revolución está pronta á estallar, cuando el movimiento está, por así decirlo, en el ambiente, cuando el triunfo llega á ser indudable, entonces mil hombres nuevos, sobre los que las sociedades secretas no han tenido influencia alguna directa, toman parte en el movimiento como las aves de rapiña que acuden al campo de batalla para llevarse los despojos de las víctimas. Esta inesperada cooperación es la que dá el golpe de gracia. Eligen sus directores no de entre los conspiradores sinceros ó irrecon-

ciliables, sino de entre los bullangueros, tanto más cuanto que están influídos por la idea de la necesidad de un jefe.

Los conspiradores que mantienen el perjuicio de la dictadura, trabajan, por tanto, inconscientemente para que sus enemigos ocupen el poder.

Pero si lo que dejamos dicho es verdad en cuanto se refiere á los revolucionarios políticos, lo es más aun para los que aspiramos á una revolución más profunda, la Revolución social. Promover el establecimiento de un gobierno cualquiera; una autoridad fuerte, obedecida por las masas, equivale á impedir y estorbar el progreso de la revolución. Nada de bueno puede hacer un gobierno tal, mientras que puede causar inmensos daños.

En efecto ¿qué es lo que deseamos? ¿qué entendemos por Revolución? No es ciertamente un símple cambio de gobernantes. Es la toma de posesión por el pueblo de toda la riqueza social. Es la abolición de todas las autoridades que paralizan y contienen el desenvolvimiento de la humanidad. Pero ¿es por medio de decretos como puede realizarse esta inmensa revolución económica? Hemos visto durante el último siglo al dictador revolucionario polaco Kosciusko, decretar la abolición de la esclavitud personal; pero la esclavitud existía aún ochenta años después de publicado el decreto (1). También hemos visto á la Convención francesa, la Convención todopoderosa, la Terrible Convención, como dicen sus admiradores, decretar la división general de todas las tierras comunales arrancadas á la aristocracia. Como muchos, este decreto fué letra muerta, porque para ponerla en ejecución los propietarios del campo hubieran tenido que hacer una nueva revolución y las revoluciones no se hacen publicando decretos. Así para que la toma de posesión de la riqueza por el pueblo llegue á ser un hecho real, es necesario que aquel pueda obrar libremente, que se emancipe del espíritu de servidumbre á que está tan habituado, que actúe en virtud de su propia iniciativa, avanzando siempre sin esperar por nadie. No

---

(1) Este decreto fué acordado al 7 de Mayo de 1794 y publicado el 30 del mismo mes y año. Si hubiere sido llevado á efecto habría de hecho abolido la esclavitud personal.

sólo, pues, rechaza esto la dictadura, aún la mejor inspirada, si no también que es incapaz de ayudar á la revolución en el más pequeño detalle.

Más si un gobierno, aunque sea ideal y revolucionario, no da ninguna fuerza ni ofrece ventaja alguna para la obra de destrucción que perseguimos, todavía ofrece menos garantías para la reorganización que ha de seguir necesariamente al movimiento revolucionario. El cambio económico que ha de resultar de la Revolución Social será tan grande y tan profundo, alterará de tal modo las relaciones basadas hoy en la propiedad y el cambio, que es imposible que uno ó varios individuos elaboren las formas sociales que han de producirse en el porvenir. Esta elaboración sólo puede efectuarse por el trabajo de las masas en general. Para satisfacer la inmensa variedad de condiciones y necesidades que han de surgir en el momento que sea abolida la propiedad individual, se necesita toda la flexibilidad del talento del país; sólo la autoridad externa constituría un peligro para este trabajo orgánico que debemos realizar y, lo que es peor, sería un motivo de discordia y lucha permanente.

Es, por tanto, tiempo de abandonar esa ilusión del gobierno revolucionario cuya falsedad se ha demostrado tantas veces en la práctica y que tan cara hemos pagado. Es ya tiempo de que admitamos el axioma de que ningún gobierno puede ser revolucionario.

Acordémonos de la Convención, sin echar en olvido que las pocas medidas que tuvieron carácter revolucionario no fueron más que la sanción de actos ya realizados por el pueblo, que marchaba entonces á la cabeza de todos los gobiernos. Como Víctor Hugo ha dicho en su pintoresco estilo, Danton empujó á Ropesbierre, Marat vigiló y empujó á Danton, y Marat mismo fué impulsado á su vez por Cimourdain, la personificación de los clubs de los *locos* y de los rebeldes. Como todos los gobiernos que la precedieron ó la siguieron, la Convención solo fué un enorme peso atado á los piés del pueblo.

Los hechos que nos muestra la historia son concluyentes en este respecto; la imposibilidad de un gobierno revo-

lucionario y la inutilidad del que por tal se tiene, son tan evidentes, que es difícil explicar la tenacidad con que una escuela que se denomina socialista mantiene la necesidad de un gobierno. Pero la explicación es muy sencilla. Es que los socialistas, como ellos mismos se apellidan, tienen de la Revolución una idea distinta á la por nosotros profesada. Para ellos, lo mismo que para todos los radicales de la clase media, la Revolución Social es un negocio del futuro, muy lejos de ser realizado hoy. Lo que piensan en realidad, lo que sienten en el fondo, es una cosa muy distinta, el establecimiento de un gobierno como el de Suiza y el de los Estados Unidos con el aditamento de la apropiación por el Estado de lo que ingeniosamente llaman "servicios públicos." Es un puente entre el ideal de Bismarck y el de los trabajadores que esperan elevarse á la dignidad de presidente de la República Norte-americana. Es un compromiso hecho de antemano entre las aspiraciones socialistas de las masas y la codicia de la clase media. Quisieran, sí, la expropiación completa, pero no teniendo valor para intentarla, la relegan á futuros siglos y antes de comenzar la lucha entran en negociaciones con el enemigo.

Para nosotros, que entendemos que los momentos son precisos para dar á la clase capitalista un golpe mortal, que no se hará esperar el día en que el pueblo ponga mano sobre toda la riqueza social reduciendo á la clase explotadora á la impotencia; para nosotros, digo, no hay duda posible. Nos arrojamos en cuerpo y alma á la Revolución social, y como cualquier programa de gobierno, llámase como se llame, es un obstáculo á la revolución, haremos ineficaces y barreremos todas las ambiciones individuales de aquellos que pretendan erigirse en legisladores de nuestro destino. ¡Basta, pues, de gobiernos; paso al pueblo, paso á la Anarquía!

NOTA.—*En la página 11, línea cuarta, dice: periódicos debe decir períodos.—Página 11, línea diez y siete, dice: superior debe decir supieron.*